



El que los cristianos, por ser víctimas de su imaginación o por querer ignorar la verdad, se pusiesen al servicio de la coexistencia pacífica de un miembro de la sociedad internacional, que constantemente rechaza la justicia y siembra el odio en lugar de la caridad, que rechaza el desarme y no renuncia a sus fines de rapacidad, ello equivaldría a la destrucción de la voluntad para una propia defensa y al aniquilamiento del instinto de conservación, y para nada conduciría a la paz.

La paz no es el resultado de un esfuerzo unilateral. Es una alianza entre los miembros de una comunidad internacional que, respetando las reglas de la justicia y manteniéndolas en un justo camino, colaboran con una mutua comprensión en la prosperidad colectiva.

La paz es el resultado de un esfuerzo común, de una colaboración recíproca para el bien internacional.

La paz precaria.

Profundos cambios se han producido en la vida de las naciones. Dependen estrechamente las unas de las otras y tienen a su disposición una inmensa variedad de objetivos. Partiendo de estas consideraciones, la seguridad no se puede alcanzar si no se basa en la colectividad. Además, toda coexistencia pacífica de las naciones exige cierto equilibrio entre los miembros de una misma sociedad internacional y de ella ha de ser excluído todo desequilibrio provocado por la violencia. Mientras un sector importante de la sociedad internacional y un bloque de potencias que comprenden un tercio de la población mundial se niegue a respetar las reglas de la justicia y de la caridad humana, mientras se niegue a toda colaboración en la comprensión y la armonía, no se puede esperar una paz verdadera, una coexistencia pacífica. En este caso hay cada vez menos esperanza de llegar a una comunidad internacional, puesto que esta última está esencialmente basada en la justicia y la caridad.

Los más altos valores de la vida humana. Problema esencial para los cristianos.

Los cristianos no se han de preocupar únicamente por la mejora de las condiciones sociales. Su deber de propagación de la paz en el mundo no ha de hacerles olvidar las más altas obligaciones de la vida humana.

Por encima de los valores materiales que tienden al mejoramiento de la condición humana, existen los más elevados valores de religión y civilización. Estos valores conciernen a la libertad humana, a la alianza del hombre con Dios, al orden sobrenatural. Los cristianos tienen ante todo el deber de velar porque el mensaje de Cristo alcance a cada individuo y sean eliminados los obstáculos de modo que puedan vivir conforme a este mensaje. Un cristiano, sobre todo en nuestra época, es responsable no sólo de sus vecinos más próximos y de los que viven con él en la misma comunidad o en el mismo Estado. Su solidaridad se ha de extender a todos los cristianos que viven en el mundo. Ha de cuidar de la libertad de todo el género humano, pues si la libertad está en peligro en un lugar cualquiera, su libertad personal, más temprano o más tarde, quedará a su vez amenazada.

¿Es posible la coexistencia pacífica?

¿Puede existir una paz duradera o una coexistencia pacífica entre el bloque comunista y el mundo libre? Para responder a esta cuestión no basta precisar las intenciones pacíficas del mundo anticomunista. La coexistencia pacífica dependerá en gran parte de las intenciones del bloque comunista. Es verdad que los sucesores de Stalin han declarado varias veces sus intenciones pacíficas y han expuesto sus fines y sus convicciones de que una coexistencia de dos bloques era posible para un largo período. Pero la cuestión principal es saber si un cristiano puede tener fe en estas declaraciones. ¿No comete un error o aun un pecado descuidando este punto de vista?

¿A qué precio puede esperar el cristiano una coexistencia pacífica?

Supongamos un instante que la coexistencia pacífica sea posible entre los dos mundos. Sin ninguna duda, los comunistas pedirán al mundo libre que renuncie a la liberación de las naciones que la Rusia soviética ha conquistado con medios militares durante la última guerra. Supongamos igualmente que el mundo libre, a fin de lograr la mejora de las condiciones sociales de sus pueblos, abandona toda esperanza de devolver la libertad a los pueblos esclavizados y se contenta con el *statu quo* internacional. Esto significaría que el mundo libre consiente en la descristianización de una sexta parte del mundo cristiano por lo menos. Cada día de una tal coexistencia significaría para la juventud de los países oprimidos un avance hacia la ruptura con la fe cristiana y la civilización. Una tal solución equivaldría a una esclavitud creciente, a las deportaciones y a la muerte para todos aquellos que querrían mantener las tradiciones cristianas y la herencia espiritual.

Cada día, un número cada vez más importante de los cerebros humanos más allá del telón de acero son abrevados por la propaganda comunista, pues solamente el materialismo y el marxismo se enseñan en las escuelas, y toda comunicación con el exterior está sometida a un estricto control.

Los cristianos tras del telón de acero ponen todas sus esperanzas en el mundo libre, que es el único que les puede devolver la libertad.

¿Qué significa una coexistencia pacífica para los cristianos de los países de la órbita soviética?

Para ellos la coexistencia pacífica de estos dos bloques no significa la seguridad. Para ellos será la continuación de la injusticia, de la explotación, del trabajo de esclavo y la abjuración impuesta de sus más altos valores de religión, de la libertad y de la civilización. Si los cristianos del mundo libre renuncian a la liberación de sus hermanos oprimi-

dos, esto significa que reconocen y aceptan el régimen soviético. Esto diría que nuestra sociedad está en contradicción interna. Esto diría que los cristianos del mundo libre consideran el aumento del nivel de vida en sus propios países como fin principal y que lo prefieren a la restitución de la libertad y especialmente de las libertades religiosas de las naciones tras el telón de acero.

Consecuencias desastrosas para el mundo libre si los cristianos oprimidos quedan abandonados a su suerte.

Este eventual abandono de los cristianos que viven bajo el yugo soviético tendría como consecuencia para las futuras generaciones del mundo libre el nacimiento de nuevas dificultades para la conservación de los principios cristianos. Cada siglo aporta su fardo de tareas para los cristianos y los problemas que les incumben recaen pesadamente sobre sus espaldas.

Si los cristianos de las orillas del Mediterráneo hubieran sido salvados de la expansión musulmana los diez siglos que siguieron a la muerte de Mahoma, si la unidad del mundo cristiano no hubiera sido destruída por los cismas y la Reforma, si la sociedad hubiera sabido hacer frente a la defección de la clase trabajadora durante el período del capitalismo desde sus comienzos, los cristianos tendrían hoy menos problemas arduos que resolver.

Sin duda el peligro del comunismo no hubiera alcanzado las proporciones actuales, si los cristianos de las generaciones precedentes hubieran tratado estos problemas con toda la solidaridad y el valor necesarios.

Si hoy el mundo cristiano descuida la liberación de sus hermanos, que viven en la opresión, no solamente tendrá la responsabilidad de esta pérdida, sino que correrá el riesgo de agravar su propia suerte. Proporcionalmente, el mundo tendrá menos y menos cristianos en las generaciones futuras. Y los errores, las negligencias de hoy, recaerán sobre los cristianos de mañana.

Pero, aun suponiendo, aunque no es lícito suponerlo, una tal falta de solidaridad para con los cristianos tras el

telón de acero, y la aceptación por el mundo libre de las condiciones comunistas, esta coexistencia política, ¿es realizable, al menos durante una generación? Y aquí se plantea la cuestión: los cristianos, en estas condiciones, ¿pueden tener fe en las declaraciones pacíficas de los jefes comunistas?

Los dirigentes comunistas, ¿tienen realmente intenciones pacíficas?

Sin ninguna duda, los sucesores de Stalin hacen amplias declaraciones de hechos, acompañadas aun de concesiones parciales, de gestos amigos, como la facilidad concedida para la visita de ciertos territorios soviéticos o la abolición de las restricciones de tráfico en Austria. Pero no hemos de olvidar que declaraciones semejantes se hicieron hace más de veinticinco años por los dirigentes comunistas, sin que un solo cambio haya intervenido en su doctrina y sin que hayan renunciado a los fines que se han impuesto: la conquista del mundo entero.

El 9 de septiembre de 1952, la *Pravda* recordaba un discurso pronunciado por Stalin hace veinticinco años, en el que aseguraba que esta coexistencia pacífica de los comunistas y de los occidentales era posible. Y en el curso de estos veinticinco años, Stalin ha tratado de este problema más de una vez en su vida política. Con ocasión de una entrevista concedida a Stassen (9 de abril de 1947) no dejó de reafirmar con énfasis "que no había habido un Congreso del Partido, o una Asamblea plenaria del Comité Central del C. P. S. U., en las que se hubiese dicho que una cooperación entre los dos sistemas era imposible".

Durante este cuarto de siglo, el comunismo ha logrado extender su dominio, de Rusia a un tercio de la población del mundo. Jamás en ningún momento, el comunismo ha abandonado el fin que se ha señalado: la conquista del mundo entero, fin que es la base fundamental del comunismo. ¿Por qué razón, pues, deberíamos creer en la posibilidad de un cambio de su política, puesto que sus declaraciones actuales son absolutamente análogas a las que hizo Stalin

durante años, sin que ningún resultado positivo haya podido ser registrado?

Sin embargo, se podría suscitar una objeción: no se ha perdido todo, puesto que durante estos últimos treinta y seis años, ha sido posible una coexistencia pacífica de los sistemas y Rusia, durante todo este período, se ha contentado con una guerra fría. La respuesta es que esta constatación no quiere decir que el porvenir se presentará de la misma manera y que una guerra abierta no tendrá lugar. Si el mundo comunista no se ha lanzado todavía a una guerra total contra el mundo libre, es que las condiciones puestas por Lenin aún no se han alcanzado.

Lenin había declarado: "Desde el momento en que seamos bastante fuertes para vencer totalmente el capitalismo, no dudaremos en retorcerle el cuello inmediatamente." ¿Por qué los dirigentes comunistas no se lanzarían a una guerra de tal envergadura, puesto que sus métodos de guerra parciales han logrado ya imponer el comunismo a un tercio de la población mundial?

Los dirigentes comunistas ven la guerra como inevitable.

El mismo Stalin, que expresaba sus intenciones pacíficas, en su informe político del Comité Central en el XV Congreso del Partido Comunista en la U. R. S. S., afirmaba: "La guerra con los países capitalistas es inevitable, pero debemos dejarla para cuando la revolución proletaria se extienda en Europa, o para cuando las agitaciones coloniales ganen en amplitud, o bien esperar a que finalmente los capitalistas se destruyan por sí mismos."

La idea de una guerra no espanta a los dirigentes comunistas. Stalin la admite abiertamente en su carta a Gorky (1930): "Nosotros no vamos contra todas las guerras. Nosotros vamos tanto contra una guerra imperialista como contra una guerra contrarrevolucionaria. Pero nos declaramos por una guerra antiimperialista, una guerra libertadora, aunque una tal guerra, es cierto, no está exenta de horrores, abunda en efusiones de sangre."

Los *slogans* de paz utilizados por los dirigentes del

Kremlin, se han de interpretar en el sentido de las propias palabras de Stalin, pronunciadas en el VI Congreso de la Internacional Comunista: "La paz policiaca del Estado proletario no implica especialmente que el Estado soviético se reconcilie con el capitalismo. Es la forma más ventajosa de combatir el capitalismo."

Los comunistas deforman la significación de la paz.

La palabra "paz" es empleada diferentemente por los comunistas y no tiene el mismo sentido en el mundo libre. La palabra "paz" entre los cristianos designa no solamente la ausencia de hostilidades y de temor, sino también la existencia real de la armonía y de la concordancia mutua. Para un comunista, mientras siga siéndolo, la paz no existirá sino cuando la clase proletaria haya vencido al capitalismo. Su punto de vista no le permite esperar la paz sino cuando se haya logrado la abolición de las clases. El término "paz" corresponde en los comunistas a una guerra por todos los medios. Estiman que la lucha de clases de una nación toma actualmente la proporción de una lucha de las clases entre las naciones que poseen y las que no poseen.

Si los dirigentes comunistas proclaman su convicción en la posibilidad de una coexistencia pacífica, sin embargo, según su "fe" y para un período muy limitado, esto "proviene orgánicamente de la verdadera naturaleza de nuestro Estado y de la enseñanza lenin-staliniana sobre la coexistencia de estos dos sistemas", como lo ha dicho Kaganowicz en 1950.

Y ¿cuál es la naturaleza de estas enseñanzas? Dada la desigualdad del desarrollo social en estos diversos países, la victoria del comunismo se hará poco a poco, en diversos sitios, en diversas épocas. Mientras se espera esta victoria final y general, se deriva de esta enseñanza que el mundo comunista y el mundo libre deben coexistir. Hasta la liquidación del mundo libre, los comunistas han de maniobrar y buscar los compromisos, como lo recomendaba también Stalin.

La meta final de los comunistas: la conquista del mundo.

El comunismo jamás ha renunciado a su meta final, es decir, la dominación del mundo. Ningún *slogan* de paz de los dirigentes de la Rusia soviética puede enmascarar el hecho de que el imperio comunista y los países dominados por los comunistas utilicen más de la mitad de su renta nacional para su rearme. Es posible que la muerte de Stalin haya conducido al nuevo régimen de Rusia a hacer algunas concesiones en este respecto. Pero el hecho de que jamás se haya renunciado a la meta final de la conquista del mundo, hace inconcebible la idea de que los soviets puedan realmente aceptar el control internacional de su industria de guerra o aun de una rama de esta industria, como, por ejemplo, las investigaciones nucleares. Si no interviene ningún cambio en la base del régimen comunista, es poco probable que los dirigentes de la Rusia soviética y de China admitan el control internacional de su rearme.

Si los dirigentes comunistas descubren la menor debilidad en el mundo libre, es cierto que por una guerra parcial o aun total intentarán ganar la partida.

Los dirigentes comunistas acechan las debilidades del mundo libre.

¿Qué garantías tiene el mundo libre de que una coexistencia pacífica de los dos bloques se pueda asegurar al menos durante una generación? En cada instante los comunistas están acechando las debilidades eventuales del bloque occidental para echarse sobre la presa que desean con tanta avidez.

¿Cómo el mundo libre podrá gozar con toda quietud de este período pacífico, puesto que sabe evidentemente que los jefes actuales de la U. R. S. S. son los fieles discípulos de Lenin, que declaró con toda grosería: "Mientras el capitalismo y el socialismo existan, no podremos vivir en paz; al fin, uno u otro deberá triunfar y un canto fúnebre resonará sobre la República Soviética o sobre el mundo capitalista"?

El mundo libre, ¿puede olvidar que los jefes actuales se inspiran estrechamente en los consejos prodigados por Stalin que declaraba que "el fin principal del Partido es explotar toda divergencia de intereses entre los grupos capitalistas y tender a la desintegración del capitalismo"?

El mundo anticomunista debería tener siempre en la memoria la declaración de Stalin sobre la economía soviética y los asuntos mundiales en octubre de 1952, en la que reiró un pasaje de su libro "Fundamentos del leninismo" (abril de 1924): "El comunismo ha de evitar la guerra por todos los medios, y ha de esperar a que se agraven los conflictos en las colonias, que se envenenen las relaciones de estas últimas y las metrópolis, y a que las potencias imperialistas se desuellen para la supremacía de los mercados mundiales."

Cada vez que los comunistas logren sacudir el mundo libre, desencadenarán la guerra.

Si una de estas eventualidades se materializase, no hay ninguna duda de que los dirigentes de la Rusia soviética se apresurarían a poner en práctica la enseñanza de Stalin: "La propagación y el mantenimiento de la revolución en los otros países, es la tarea esencial de una revolución victoriosa." "La revolución en un país no se puede considerar como una victoria aislada, definitivamente adquirida, sino como la base del nacimiento de una victoria de la clase trabajadora en los otros países." Entre tanto, los comunistas no pueden abstenerse de inmiscuirse en los asuntos del mundo libre. Lenin consideraba sus victorias en Rusia como los primeros pasos hacia un comunismo mundial. Y nada deja suponer que esta parte esencial de la doctrina comunista, desarrollada por Marx, Lenin y Stalin, haya sido recientemente repudiada por los actuales dirigentes del comunismo. Al contrario, Malenjow declaró en los funerales de Stalin: "Nuestro Partido, indefectiblemente adherido a la gran enseñanza de Marx y de Lenin, aporta al Partido y al pueblo una fuerza invencible y la posibilidad de realizar nuevos pasos en la historia."

No hay perspectiva para una coexistencia pacífica.

Las declaraciones pacíficas de los dirigentes comunistas no tienen más que un fin: paralizar la voluntad y el poder de sus adversarios mientras se considere necesario para permitir a los soviets la consolidación de su propio poder.

Esta parálisis de la voluntad y del poder de los adversarios se ha de obtener por una propaganda de paz y por manejos subversivos de todo género. Y tras esta fachada de *slogans* para la paz, los dirigentes soviéticos actuales, exactamente como lo hacían sus predecesores Lenin y Stalin, preparan la guerra y la conquista del mundo. En estas condiciones no será razonable esperar una coexistencia pacífica ni durante una generación.

Todo cristiano que intenta negar los manejos de la policía soviética y prefiere creer en los *slogans* de paz comunista, destinados a las masas, traiciona la comunidad a la que pertenece. No sólo obra contra la seguridad de su patria, sino que hasta se priva para el porvenir del goce de esta paz que desea tan ardientemente. Porque cuando llegara el día en que la edificación del poder soviético se terminara, en que el bloque comunista juzgara oportuno abreviar el plazo previsto para el desencadenamiento de una guerra parcial o total, los comunistas no dudarían en lanzar su ofensiva sin ninguna consideración a las aspiraciones pacíficas del mundo libre.

Es imposible en estas condiciones una coexistencia pacífica entre estos dos bloques. Porque este deseo de concordia no existe en los comunistas, son muy débiles las posibilidades de la creación de una gran comunidad internacional, mientras el mundo esté dividido en dos bloques.

Ninguna comunidad internacional se puede edificar sin el respeto de la justicia, de la caridad, de los más altos valores de la comunidad y de la dignidad humana individual. E incontestablemente, estos valores del mundo libre quedan amenazados por el comunismo que no mira sino a un solo objetivo: conquistar el mundo y convertirlo al comunismo. Así, un antagonismo constante divide los dos bloques.

No puede nacer una comunidad internacional sino cuan-

do sus miembros trabajen en una armonía mutua, basada en los principios fundameneales de moralidad y de legalidad. Sólo en el caso de una comprensión recíproca y de una interpretación análoga de la justicia ser posible edificar una comunidad internacional, y eventualmente una autoridad internacional, en la que las naciones tengan plenamente conciencia de su papel.

Los cristianos tienen el deber de defender el patrimonio de la civilización cristiana y la obligación moral de unirse para ayudar a sus hermanos oprimidos. Han de acordarse de la sentencia pronunciada por San Ambrosio: "El que no alivia los males de su prójimo, si puede hacerlo, puede ser más culpable que el que se los ha infligido", y hacer de esta máxima la divisa de la solidaridad internacional. Y mientras los cristianos no hayan comprendido que esta solidaridad está en la base de una comunidad internacional, nada se podrá intentar verdaderamente para instaurar la paz en el mundo.

El mundo ha de escoger entre dos alternativas: la comunidad internacional cristiana o comunista.

La comunidad internacional, ¿tiene la probabilidad de ser una realidad? Creemos firmemente poder responder afirmativamente. Dos caminos se nos ofrecen para alcanzar este fin. Por una parte, el camino del comunismo, el cual, si aplasta al mundo libre, establecerá su propia comunidad internacional en la que las clases sociales serán eliminadas por el proletariado vencedor. Pero hay otro camino. Es el camino de la solidaridad cristiana: la victoria de la verdadera justicia y de la verdadera caridad.

Y si los cristianos tienen no solamente el valor de predicar la justicia y la caridad, sino también de poner estos principios en práctica, sin ninguna sombra de duda, la caridad triunfará del odio y la justicia de la injusticia. Porque nada es más eficaz que la práctica y el ejemplo del verdadero amor cristiano.

U. D. C. E. C.

(Unión Democrática Cristiana de Europa Central.)